

Newton Compton Editores

Título original: *L'isola dei monaci senza nome*

© 2013, Marcello Simoni

© 2023, de la traducción por Melina Márquez

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-19-4

Código IBIC: FA

DL: B 2.014-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergi Godia

Impreso en junio de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Marcello Simoni

La isla de los monjes sin nombre

Traducción de Melina Márquez



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*A mi padre,
que cuando era pequeño
me emocionaba con sus cuentos.*

*Y al mar,
que siempre correrá por mis venas.*

No te hice ni celestial ni terrenal,
ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú,
como artífice de ti mismo, te forjaras
en la forma que más te agrada.

PICO DELLA MIRANDOLA,
De hominis dignitate

En junio de 1535, un ejército de treinta mil hombres, en su mayoría españoles, italianos y alemanes, desembarcó en las costas septentrionales de África y arrasó la ciudad de Túnez. La hazaña, liderada por el emperador Carlos V de Habsburgo, supuso un duro golpe para la base más importante de los corsarios turcos y liberó a una cantidad impresionante de esclavos cristianos. Las fuentes históricas hablan de veintidós mil almas rescatadas del yugo otomano. Entre estas había una mujer, Emilia d'Hercole, que había sido raptada doce años antes en la isla de Elba y que acabó en el harem de un corsario. Este no era un pirata cualquiera, sino de Sinan el Judío, general de la flota otomana bajo las órdenes de Khayr al-Dīn Barbarroja.

Después de la ocupación de Túnez, Emilia volvió a Elba junto con un hijo varón de diez años, pero, en cuanto se supo que aquel niño era hijo del temido Sinan, se lo arrebataron y lo encerraron bajo la custodia de Jacopo V Appiani, señor de Piombino y del archipiélago toscano.

La vida de aquel niño representa un auténtico dilema. Según fuentes históricas, Barbarroja reclamó que se lo devolvieran al menos en dos ocasiones, entre 1543 y 1544, con declaraciones de guerra contra Piombino y contra la isla de Elba.

Muchos se preguntaron por qué el gran almirante de la flota turca estaba dispuesto a derramar ríos de sangre con tal de tener consigo a aquel joven. La respuesta se encuentra en el fondo de una antigua gruta, a la espera de ser descubierta.

PRÓLOGO

Año del Señor 1534

Una noche sin luna en el mar de la Toscana.

El monje se agachó para recoger el puñal que había resbalado por el entablado de la cubierta, después se volvió a levantar rápidamente y corrió balanceándose hasta la popa, para no verse envuelto en la lucha que arreciaba a los pies del palo mayor. Los piratas turcos habían aprovechado la oscuridad para abordar la galera. Si quería salvarse no le quedaba otra que lanzarse al mar, pero antes de llegar al bote se dio cuenta de que había un hombre justo detrás de él. Lo vio salir de entre las tinieblas, indiferente al violento oscilar de la nave, con una cimitarra en una mano y un farol en la otra. De arqueo no le pareció demasiado robusta, sin embargo, algo en la manera en que la agarraba le hizo retroceder. «No estoy a la altura», se dijo, y sintió el bochorno de la vergüenza. Hasta entonces siempre había conseguido evitar peligros similares, aunque estaba preparado para las eventualidades y, como un rayo en la tormenta, sintió cómo los preceptos de su maestro le cruzaban la mente. «Nunca dudes ante el enemigo». El monje asintió para sí y reflexionó sobre si una mirada decidida y una voz segura serían suficientes para doblegar un alma feroz, pero temió que la oscuridad y el fragor de la borrasca suprimieran tanto una como la otra.

De repente, notó que el perseguidor se cernía sobre él y entendió que no tenía elección. Habría de batirse, como hacían todos los que estaban a bordo de aquella maldita galera. Sin embargo, no fue el miedo el que le hizo temblar las manos, sino el ser consciente de lo que ocurriría si muriese. Había entregado su vida a proteger un antiguo secreto. Un secreto que no debía ser descubierto.

En nombre de aquel secreto, encontró la valentía para extender el puñal hacia delante y desafiar al perseguidor. Vislumbró el amplio turbante, después el rostro, al que le faltaba un ojo, y la barba azabache que se abría en abanico por debajo de la barbilla. Tenía el pecho protegido por un corsé con láminas de oro y el resto del cuerpo adornado con ropajes preciosos. No se trataba de un pirata cualquiera.

–Bajad el arma –ordenó el turco con voz cavernosa–, u os la arrebataré yo mismo, junto con la mano que la empuña.

El monje sintió que esa voz le retumbaba en el pecho, pero recibió la amenaza sin traicionar sus emociones.

–¡Encontraréis más resistencia de la que imagináis!

Y con un salto inesperado lanzó una estocada.

El pirata se limitó a desplazarse hacia un lado y le hizo caer al suelo con una zancadilla. Observó cómo rodaba por el entablado, mientras el puñal terminaba quién sabe dónde. Después, se acercó y levantó el farol.

–La osadía no es suficiente. –Rio con sarcasmo–. Aunque he de decir que os habéis ganado mis respetos.

–Pues bien, ¡matadme! –dijo el monje dejando que la rabia le ganara ventaja a la humillación–. ¿A qué esperaréis?

Para su sorpresa, el pirata enfundó la cimitarra en su vaina, se inclinó sobre él y lo agarró por un brazo para ayudarlo a levantarse.

–No estoy aquí para derramar vuestra sangre –confesó–, sino para conocer vuestro secreto.

Su tono era serio, casi confidencial.

El monje tuvo la impresión de que se podía fiar, pero quiso dudar de aquella sensación.

–Yo no tengo secretos –susurró mientras se desasía.

El turco estalló en una segunda carcajada.

–¿El único *monachus peregrinus* a bordo de una galera del papa –le golpeó con el índice en el pecho– finge no custodiar secretos?

–Colocó la mano sobre la empuñadura–. Soltad la lengua, sé muy bien lo que escondéis.

–¡Jamás!

El único ojo del pirata se entrecerró.

–Entonces, ¿preferís confesárselo a la Hermandad de los Escondidos?

Ante aquellas palabras, el monje se olvidó de la rabia y lo miró con incredulidad. Ningún hombre común conocía aquel nombre. ¡Ninguno! Y los pocos elegidos que sabían lo que significaba lo pronunciaban con un temor reverencial.

–¿Cómo habéis hecho para...?

–¿Adónde creáis que os llevaba esta galera? –contestó el pirata mientras señalaba el emblema con las llaves de Pedro en el estandarte–. A Roma, claro, pero no a ver al pontífice.

–Me han ofrecido protección –balbuceó el monje cada vez más desconcertado.

El hombre sacudió la cabeza y dejó ver cierta desilusión.

–¿Aún no lo habéis entendido? ¡Os han engañado! En realidad, os esperan en las mazmorras de los escondidos, donde solo encontraréis cadenas y tormentos. –Extendió el brazo con un movimiento rápido, le agarró por el cuello y lo atrajo hacia sí, con el rostro muy cerca del suyo–. Saben lo del diario, ¿entendéis? ¡El diario del templario! No podéis permitir que caiga en sus manos.

Una punzada en el corazón le hizo estremecerse.

–¿Cómo puede un hombre de armas... un turco... estar al corriente de tales cuestiones?

El pirata miró a sus espaldas para sincerarse sin la amenaza de peligros inminentes. El enfrentamiento en cubierta se prolongaba sin tregua, pero no parecía que nadie, por el momento, les prestase atención a ellos.

–Conozco vuestro secreto, os lo he dicho –admitió, y lo dejó libre para que pudiera moverse–. Lo conozco en profundidad, para ser honestos. Sé sobre el Rex Deus y también sobre la logia de los sin nombre que lo custodia desde hace siglos. Sois el último de ellos.

El monje estaba mucho más que sorprendido, de hecho tuvo que obligarse a permanecer lúcido. Un depredador llegado del mar no iba a conseguir alejarle de su sagrado cometido, no importaba lo que pensara decirle en ese momento, bajo el azote del viento salubre.

–Entonces, también sabréis que estoy dispuesto a morir con tal

de serle fiel al secreto –exclamó–. Puesto que nadie es digno de conocerlo.

–Nadie excepto los legítimos herederos.

–Habláis de cosas arcanas. Cosas prohibidas, escondidas por los símbolos sagrados.

–El símbolo, querréis decir –respondió el turco sin vacilaciones–. Es uno solo y corresponde a la serpiente coronada. La serpiente que liberó a Adán con la enseñanza del camino hacia el conocimiento del bien y del mal.

El monje no pudo evitar asombrarse. Aquellas palabras las había oído solamente una vez en boca de su maestro, poco antes de que este expirase. Más allá de los ofitas y de los iniciados de las pocas logias esotéricas, nadie estaba al corriente de aquella enseñanza ancestral.

–Por cortesía, ¿puedo saber quién os ha informado?

La pregunta se le escapó literalmente de los labios.

–Mi padre –respondió el hombre con la cimitarra–. Y él lo aprendió de su padre, según la costumbre heredada desde la noche de los tiempos.

–¡Cuanto afirmáis es imposible! Todos los herederos legítimos han desaparecido.

–No la descendencia de Esmirna, de la que yo provengo.

Mientras decía esto, el pirata sacó un pequeño objeto de la escarcela que llevaba colgada del cinturón y se lo enseñó con orgullo.

El monje lo estudió con atención a la luz del farol, pero desde la primera mirada tuvo la certeza de que no se equivocaba. Ya había visto aquel objeto en un antiguo dibujo en pergamino y sabía exactamente qué era, aunque siempre creyó que se trataba de una leyenda.

–La llave cilíndrica... –se le escapó y obtuvo un gesto afirmativo del turco. Estaba claro que ninguno de sus predecesores había estado nunca en presencia de aquella reliquia mística y, mientras sentía cómo sus pensamientos fluían rápidamente, se preguntó si había llegado el momento. Quizá, después de quince siglos de silencio, el misterio del Rex Deus estaba a punto de ser desvelado a la humanidad–. Deberéis demostrarme que decís la verdad...

–farfulló, casi incapaz de articular las palabras–. Si sois, sin un atisbo de duda, quien decís ser...

–Lo haré, no temáis. –El pirata volvió a colocar con cuidado el pequeño objeto en la escarcela, después desenvainó la cimitarra y dirigió la mirada a la escena del combate–. Pero antes tengo que llevaros a mi nave.

–¿Con qué objetivo?

–El de esconderos de la vista de quien quiere destruir el Rex Deus.

PRIMERA PARTE
EL PACTO

Isla de Elba, 1 de julio de 1544

El joven Cristiano d'Hercole deslizaba la mirada por la línea de mar que rozaba la playa en forma de luna comprendida entre el golfo de Ferraio y la punta rocosa de Capo Bianco. El calor de media mañana parecía acentuar la sensación de espera que le hervía la sangre, aunque él se esforzara por esconderlo, casi por combatirlo, mientras desafiaba al resplandor del sol con sus negros ojos. Bajo el cielo nítido parecía que nada se movía, excepto las olas que rompían contra la costa delimitada por una densa espesura. Sin embargo, sentía que algo se agitaba en sus entrañas, un presagio, como si oliera en el aire la llegada de un suceso aciago, que no tardó en manifestarse.

Un estruendo resonó desde levante como si se aproximara una tormenta. No era un trueno, más bien un golpe de cañón. Cristiano se giró por instinto en aquella dirección, intentó imaginar lo que estaba ocurriendo más allá de los promontorios cubiertos de verde, a lo largo de las costas nororientales de la isla, pero solo consiguió escuchar más cañonazos acompañados por el tañido de alarma de los campanarios. La torre de la playa de Rio se estaba defendiendo de un ataque proveniente del mar.

No le quedó más remedio que frenar la inquietud interior y dirigir la mirada a Capo Bianco, hasta que vislumbró la proa de una galera que surgía al otro lado de las candidas paredes rocosas y viraba en dirección a la ensenada de Ferraio. Era de grandes dimensiones, con un enorme espolón, cinco cañones montados sobre el tambor de proa y dos mástiles con velas latinas. Cruzó los salientes rocosos alardeando de su constitución; al menos ciento sesenta pies por otros cuarenta bancos de boga, el flanco ligero

y afilado como una cimitarra y la popa elevada en la zona de la carroza. Surcaba las aguas con una elegancia letal, que se volvía aún más temible por el emblema rojo y amarillo del pendón. La luna creciente del Imperio otomano.

—¡La galera bastarda de Barbarroja! —exclamó uno de los dos soldados que estaban detrás de Cristiano, y pronunció aquel nombre como si se refiriera al diablo en persona.

Y el chico no podía no darles la razón. Khayr al-Dīn, conocido como Barbarroja, que estaba al mando de la flota turca, era realmente tan malvado como lo era el rey del infierno, y si se le hubiese presentado la ocasión no habría dudado ni por un segundo en hacerle una visita para destronarlo. Las tierras de Elba tenían las huellas de sus incursiones, cicatrices que se cerraban solo para volver a abrirse una y otra vez, cada vez con mayor dolor y derramamiento de sangre. Cristiano no tenía que esforzarse para advertir los signos de aquella destrucción, algunos de ellos estaban ante sus ojos. Desde su posición elevada, un montículo que dominaba la costa, distinguía con claridad las ruinas de los poblados cercanos. Sin embargo, la ensenada no estaba precisamente desguarnecida de defensas. Allí se encontraban estacionadas tres galeras españolas que el emperador Carlos V había dejado en manos de Elba para hacer frente a nuevos ataques. También estaban presentes contingentes de tierra apostados detrás de fosos y empalizadas, armados con picas, arcabuces y bombardas, aunque la mayoría de las milicias españolas tuviesen su cuartel al otro lado del mar, en la ciudad de Piombino, junto con las tropas del duque de Florencia.

En cuanto la galera bastarda cruzó el estrecho del golfo se desencadenó el infierno. Los primeros en atacar fueron los soldados de tierra, que echaron mano de las bombardas para dar tiempo a las naves españolas a organizar la ofensiva. El buque insignia otomano viró a babor y colocó la proa en dirección a la costa, mientras la flota que lo seguía invadía a boga arrancada aquel tramo de mar. Cristiano perdió la cuenta después del décimo barco que vio entrar en el golfo. Era una armada impresionante, en su mayoría galeras flanqueadas por fustas ligeras, pero lo que más le sorprendió fue la presencia, aunque apartada, de naves francesas.

El buque insignia de Barbarroja abrió fuego con un cañón de proa contra una aglomeración de artilleros apostados en la orilla y los hizo volar con un estruendo ensordecedor. La acción fue enseguida imitada por las otras galeras turcas, que se colocaron a lo largo de la costa, llenaron el aire con las descargas de las cullebrinas y despejaron, a su vez, el paso a las embarcaciones más pequeñas y veloces.

Las tres naves españolas se vieron en la necesidad de afrontar la avanzada de las fustas. Las dos primeras fueron rodeadas e inutilizadas enseguida, la tercera consiguió eludir la maniobra de ataque y puso rumbo hacia el buque insignia de Barbarroja, aún concentrado en el ensañamiento contra los hombres apostados en la orilla. Tenía forma abombada, con la zona de boga al aire. No consiguió ni siquiera acercarse. Una birreme turca la interceptó con mucha antelación y, más que atacarla con el espolón, la flanqueó por el lado de estribor para exponerla al tiro de los arcabuceros apostados en las troneras. La ráfaga de disparos causó víctimas entre los remeros y comprometió la potencia de boga de la galera española. Pero la que infligió el golpe de gracia fue una segunda fusta que se acercaba rápidamente a babor. La atacó a cañonazos, haciendo que saltaran por los aires las tablazones del casco y el castillo de popa y después la embistió con el espolón y agujereó el flanco de la nave.

El estruendo del choque se oyó claramente hasta el emplazamiento elevado en el que se encontraba Cristiano. El chico sintió un temblor que le recorrió la espalda y, por instinto, colocó la mano en el puñal que llevaba amarrado al costado. Vio cómo los corsarios turcos se agolpaban en la arrumbada, a la espera de saltar sobre la cubierta de la nave enemiga, pero antes se volvió a escuchar una segunda descarga de los arcabuceros apostados en las garitas. Los españoles no se dejaron coger desprevenidos y respondieron al fuego retrocediendo hasta la proa para organizar la defensa. No se trataba de muchachos imberbes, sino de tercios de la Marina española armados hasta los dientes. Por el contrario, a bordo de la fusta solo había *ghazis* y *azaps*, saqueadores y mercenarios. Los soldados regulares de la flota otomana, los temibles y fieles jenízaros, asistían al enfrentamiento desde las galeras más grandes.

Los abordadores turcos se lanzaron a la cubierta de la nave española sin respetar ni orden ni jerarquía, una horda de diablos con la cabeza envuelta en un turbante, esbeltos y ágiles como monos. Se lanzaron contra los tercios empuñando cimitarras, medias picas y garfios metálicos. Una ráfaga de los arcabuceros españoles abatió la primera oleada e hizo que muchos de ellos cayeran al mar. Después, fue el turno del asalto con arma blanca, que se extendió hacia la zona de proa y se transformó en una lucha sin tregua. Cristiano podía vislumbrar manchas de sangre cada vez más extendidas por los adarves que daban a las garitas y a las troneras mientras agudizaba los oídos para captar los gritos de batalla que se ocultaban en el fragor de los cañones, pero que eran bastante fuertes como para ejercer sobre él un llamamiento irresistible.

Una mano se posó sobre su hombro y lo distrajo del macabro espectáculo.

—Vuestra señoría, no podemos quedarnos aquí más tiempo —le dijo un soldado. Tenía el rostro sudado y los ojos muy abiertos por las alarmas y el miedo—. Las órdenes son manteneros a salvo y dentro de poco este lugar dejará de ser seguro.

—Un momento más —insistió el joven, excitado por el ardor de la lucha.

—Si yo fuera vos, no vacilaría más —intervino el segundo soldado y le hizo ver lo que estaba ocurriendo justo debajo de ellos.

Un grupo de botes corsarios se había separado de las galeras, había llegado hasta la playa y desembarcaban en la orilla contingentes de jenízaros y soldados a caballo. En cuanto pusieron un pie en la arena, aquellos hombres se lanzaron al ataque contra todo lo que quedaba de las formaciones españolas y se expandieron hacia el interior como un incontenible hormiguero.

Frente a la inminente amenaza, Cristiano aceptó irse de allí. Pero no antes de lanzar una última mirada a la galera española víctima del abordaje. A pesar de que los corsarios llevaban ventaja, se ensañaban ferozmente contra los pocos enemigos que quedaban. Seguían masacrándolos, ajenos a la piedad y al honor que debería haberlos inducido a perdonar a los derrotados.

El chico no volvió a dudar y se dirigió con los dos soldados a un

castañar, donde estaban amarrados tres caballos, y, después de montar en un bayo, se lanzó al galope por el camino que serpenteaba entre los árboles.

—A la fortaleza de Volterraio —anunció.

Mientras se alejaba espoleándolo con los escoltas detrás de él, no pudo evitar preguntarse cuál era la razón de tanta violencia. Barbarroja no había desafiado la isla de Elba simplemente por una correría. Había venido precisamente a por él, como ya intentó hacer el año anterior. Y esta vez —estaba seguro de ello— no se iría con las manos vacías. Se lo llevaría con él.

Pero lo que atormentaba a Cristiano desde hacía meses era una pregunta para la que no encontraba respuesta. ¿Qué quería de él el gran almirante de la flota otomana?

La cubierta del buque insignia temblaba con cada descarga de cañón y hacía saltar a la chusma. El único que se mantenía firme sobre sus pies era Khayr al-Dīn Barbarroja, que estaba asomado a una balaustrada de la carroza de popa como si nada ocurriese. El viejo Sinan lo distinguió enseguida, a pesar de que solo veía con un ojo, y se dio prisa por llegar hasta él cruzando un vaivén de artilleros y nubes de pólvora. A medida que se acercaba sentía cómo crecía en su interior el nerviosismo. Lo conocía desde hacía décadas y, sin embargo, aún no había dejado de temerlo. Y eso le hería el orgullo, porque él mismo era un hombre capaz de infundir, en caso necesario, cierto terror.

Pero Khayr al-Dīn era para Sinan la auténtica personificación del miedo. Aún imponente a pesar de la avanzada edad, tenía los ojos brillantes y un rostro quemado por el sol que se escondía tras una barba enmarañada teñida de rojo con henna. Un diablo salido del infierno para los cristianos. Pero a la vez majestuoso por el turbante blanco y la zamarra dorada atada a la cintura con un cinturón del que colgaba una cimitarra. Su voz profunda y su porte seguro suscitaban tal terror que habían inducido a más de un enemigo a la rendición inmediata, sin ni siquiera intentar desafiarle. Y, sin embargo, mucho más que su aspecto, lo que hacía temible a aquel hombre era su propensión al engaño y a

las acciones imprevisibles, que lo podían llevar a transformar un acto de clemencia en una condena a muerte.

Cuando Sinan llegó hasta él, Barbarroja se encontraba en compañía de un hombre de pelo castaño que llevaba el uniforme de los Caballeros de Malta, dos palmos más bajo que él y con aire distinguido. Leone Strozzi, condotiero florentino al servicio de la Corona francesa, había recibido el encargo de acompañar como embajador a la armada de Khayr al-Dīn hasta Constantinopla, para demostrar al sultán el apoyo de Francisco I de Francia al Imperio otomano. Normalmente se alojaba en su galeaza de velas rojas, la Lionne, que iba a la cabeza de una flota de cinco barcos que habían zarpado desde Provenza, pero debía de haber subido a bordo del buque insignia turco para conversar con su despiadado capitán. Y aunque fuera un perro infiel, daba prueba de su valor al comportarse con desenvoltura ante él.

Los dos hombres observaban el ataque por tierra y hablaban en francés, en voz muy alta, para evitar que el estruendo de los cañones cubriera sus palabras. En cuanto Barbarroja se dio cuenta de la presencia de Sinan, interrumpió la conversación y le dirigió un saludo en lengua turca¹:

–Por fin puedo gozar de la compañía de uno de mis más valientes generales.

El viejo pirata hizo una reverencia, pero permaneció alerta. En los momentos en que Khayr al-Dīn se mostraba amable, estar a su lado era aún más peligroso.

–¿A qué debo que me convoquéis, mi gran emir? –preguntó casi gritando para superponer su voz al ruido de una nueva descarga de culebrinas.

–Ha llegado el momento de que me reveléis vuestro secreto –respondió Barbarroja.

Sinan permaneció un momento en silencio y observó fijamente la expresión atenta del caballero de Malta. Sabía que Strozzi no conocía la lengua *'osmānlī*, y a pesar de ello no se sentía cómodo hablando de ciertos asuntos delante de él. Aquel hombre tenía una

¹ Se trata de turco otomano (*'osmānlī*), una variante lingüística del turco enriquecida con elementos árabes y persas.

mirada profunda, inteligente y, en ciertas ocasiones, le había dado la impresión de que entendía más de lo que dejaba ver. Después se decidió a hablar, pues al emir no le gustaba estar en ascuas.

—Os desvelaré cada detalle, como prometí, pero antes debéis cumplir el pacto.

Barbarroja frunció las pobladas cejas.

—¿Y no lo estoy haciendo?

—En este momento estáis asediando Elba, pero de mi hijo no veo ni siquiera la sombra.

—Pronto nos lo entregarán, lo juro por el Profeta. He enviado un embajador al príncipe de Piombino. Si quiere que su isla permanezca intacta, le conviene decirnos dónde tiene escondido al chico.

—Cuando eso ocurra, mi lengua se soltará como la lengua de una serpiente.

—¿Por qué no ahora?

—Os lo ruego, emir, no me obliguéis a violar mi palabra. Un pacto es un pacto para un hombre de honor.

Khayr al-Dīn respondió en tono melifluo:

—Nunca os obligaría a ensuciar vuestro honor, lo sabéis. Os aprecio demasiado.

La mentira era evidente y Sinan pudo oler la amenaza que escondían aquellas palabras. Barbarroja había invocado su muerte en más de una ocasión, puesto que lo consideraba responsable de la caída de Túnez en manos de los cristianos hacía una década. Cuando Carlos V de Habsburgo asedió la ciudad, los corsarios refugiados entre sus murallas se dieron cuenta de que no podían contrarrestarlo y se replegaron hacia el desierto. El mismo Khayr al-Dīn, espumajeando de rabia, fue obligado a abandonar el campo de batalla y, tras perder a sus perseguidores por las calles tortuosas de la casba, cabalgó en dirección a Argelia. Por su lado, Sinan se echó a la mar para navegar hasta la isla de Djerba, su guarida. Pero cuando el emir se enteró de que había sobrevivido, más que alegrarse lo acusó de cobardía, con la promesa de matarlo de la forma más despiadada posible. Habían pasado casi diez años y Barbarroja parecía haberse olvidado de la promesa, pero Sinan conocía su naturaleza vengativa y no se hacía ilusiones. Si el demonio aún no había hecho que lo mataran, era solo porque

lo necesitaba. Ese era el motivo por el que se había negado a revelar su secreto, excepto lo justo y necesario para mantener vivo su interés.

–Dadme al menos algún indicio, judío –le instigó Barbarroja de repente.

Aquel apodo se ensartó en la mente de Sinan como una puñalada. Lo llamaban «judío» por sus orígenes y por la fe que de joven había rechazado en favor del islam. Pero lo que más le escoció fue el tono de desprecio con el que la palabra había sido pronunciada, una ofensa a la herencia de su sangre y al afecto por sus difuntos progenitores. Contuvo su indignación y pensó que era mejor agradar al emir, puesto que de él dependía la vida de su hijo.

–Como ya os adelanté, supe de la existencia de este secreto un año antes de la caída de Túnez, mientras saqueaba una galera del papa. Un miembro de la chusma, a cambio de su vida, me reveló un gran misterio: la historia de una mentira callada durante siglos.

Leone Strozzi aguzó la vista, evidentemente la lengua turca no le era del todo extraña. Sinan captó su interés y se guardó bien de continuar con la conversación, pero Barbarroja lo espoleó:

–Una mentira que tiene que ver con el nacimiento de la fe cristiana, ¿o me equivoco?

El viejo pirata asintió.

–Si es revelada, pondría en peligro la existencia de la Iglesia de Roma.

–¡Ah, si fuera verdad! –Khayr al-Dīn torció los labios carnosos en eso que hubiese querido que fuera una sonrisa y, sin embargo, se pareció más a una mueca voraz–. ¡Qué mejor arma para poner en crisis a esos perros infieles!

–La unión precaria que une a los Estados cristianos se haría pedazos y Occidente se sumiría en el caos.

–Sin embargo –se lamentó el gran comandante–, no me habéis dado ni siquiera un nombre... Llegados a este punto, a un paso de la liberación de vuestro hijo, podríais al menos mencionarlo.

–Es un nombre latino –adelantó Sinan, con la intención de dar a entender que Strozzi podría entenderlo.

–No os preocupéis por el florentino –lo tranquilizó Barbarroja–. Tiene otras cosas en mente antes que revelar nuestros secretos

al rey de Francia. Su corazón reclama venganza y yo se la he prometido.

Sinan se quedó mirando fijamente al caballero de Malta y se preguntó cuál sería el objetivo al que había consagrado su vida. Había cometido traición, eso no era un misterio, al pasarse del bando del ducado de Florencia al del rey de Francia, pero el viejo pirata conocía la razón. Y ahora, ante la idea de una historia de venganza, se preguntaba qué pacto había establecido con Barbaroja con tal de llevarla a cabo. Pero no era ese el momento para plantear hipótesis, tenía que enfrentarse a otro tipo de problemas. También él, como Strozzi, había hecho un pacto con el hombre más malvado que jamás hubiera pisado la tierra.

—El secreto del que soy portador tiene un nombre muy antiguo —dijo, avivando la curiosidad de Khayr al-Dīn.

—¿Y bien? —lo interrogó el emir—. ¿Qué nombre?

Volvió a retumbar una nueva descarga de cañones y después, cuando volvió el silencio, de la boca de Sinan salieron dos palabras.

La fortaleza de Volterraio estaba cerca. Cristiano cabalgaba entre los árboles hasta la cima que lo llevaría a la salvación, pero se vio obligado a ralentizar el paso del bayo por culpa del terreno cada vez más escarpado. Fue entonces cuando, al mirar hacia abajo, vislumbró un pelotón de uniformes azules en marcha entre los arbustos. Eran, por lo menos, una veintena de jenízaros armados con *tüfeks*, arcabuces turcos dotados de cañas de acero de Damasco. Provenían del lado opuesto a Ferraiio. Probablemente, al desembarco de Barbarroja le habían precedido otros en varios puntos de la isla. Cristiano solo tuvo tiempo de advertir que los jenízaros más avanzados estaban en posición de tiro cuando oyó explotar la carga de sus disparos. Uno de los dos hombres de su séquito lanzó un grito de dolor y cayó de la montura. El muchacho se dio la vuelta para ver qué le había pasado, pero el segundo acompañante lo conminó con gesto alarmado a que prosiguiera. Los turcos se preparaban para una segunda ronda de disparos.

Cristiano se lanzó al galope por la subida, sin prestar atención al camino cada vez más escabroso. Mientras tanto miraba de reojo la avanzadilla de los jenízaros, en marcha por el lateral del promontorio. Tenía muchas posibilidades de llegar a la fortaleza antes que ellos, siempre que no fuera abatido por los arcabuces.

De repente, la espesura desapareció. Cristiano galopaba sobre roca pura, con la fortaleza de Volterraio ante sus ojos, en la cima de un monte inexpugnable. Solo le quedaba rebasar un acantilado formado por un camino excavado entre dos macizos y después estaría a salvo. Pero, en ese momento, hizo una reflexión. «¿A salvo de qué?», se preguntó. Hacía diez años que ya no se sentía a salvo en ninguna parte, y evidentemente no lo iba a estar tras los muros de un baluarte. Tenía una segunda opción, más excitante, aunque

incierta, y, por un instante, tuvo la tentación de elegirla. Podía seguir la llamada de la sangre, la sangre de su padre. Un pirata turco.

Cada vez con más dudas, dio el último giro en dirección a Volterraio y perdió de vista a los jenízaros. Estaba fuera del alcance de sus disparos, aunque por poco, pero sabía muy bien que, con solo revelar su verdadero nombre, aquellos soldados no volverían a dispararle. Es más, lo protegerían... Pero le sorprendió una segunda descarga de arcabuces y se vio catapultado a tierra mientras un relincho muy agudo le hería el oído. Cayó de espaldas, aplastado por su caballo. Habían dado al animal en el cuello.

La bestia agitaba las pezuñas en el aire y se ahogaba en su propia sangre. Cristiano se aferró a los macizos que salían del suelo e hizo esfuerzos para liberarse de su mole, pero fue en vano. Se sentía impotente, como en aquella lejana ocasión en la que su padre lo había llevado a un crucero de reconocimiento para que se acostumbrara a la navegación. En aquella época tenía más o menos diez años y miedo del mar. A consecuencia de un balanceo repentino de la nave, unos barriles que cayeron rodando de la popa lo arrastraron y se quedó atrapado bajo algunos de ellos, dolorido, hasta que el padre lo encontró. Aún recordaba su risa áspera mientras lo levantaba en el aire y lo regañaba por gritar y no comportarse como un hombre.

De golpe, dos manos lo agarraron de las muñecas, sacándolo de ese recuerdo, y lo arrastraron a la fuerza hasta que quedó libre del peso del caballo. El joven se puso de pie enseguida y le dedicó un gesto de agradecimiento al hombre que lo había socorrido. Era el segundo soldado de su escolta.

—Rápido, vuestra señoría, ¡montaos en mi caballo! —lo incitó el hombre y un instante después fue abatido por un disparo de arcabuz en plena frente.

El cuerpo no se había desplomado aún en el suelo cuando Cristiano aferró las riendas y se montó en el caballo. Los turcos estaban muy cerca. No se trataba del contingente que había avisado poco antes, sino de otro que había aparecido de repente de no se sabe dónde. Aquellos diablos debían de abundar por los promontorios de la isla de Elba. Otra vez tuvo la tentación de revelar a los invasores de quién era hijo, pero corría el riesgo de

terminar acribillado por sus disparos antes incluso de haber tenido la oportunidad de explicarse. Por lo tanto, siguió su instinto y se volvió a poner al galope, pero notó que lo agarraban de una pierna. Se giró rápidamente mientras se sujetaba a la montura y vio a un jenízaro que intentaba tirarlo al suelo. Le dio una patada, sin liberarse de él. Entonces desenvainó el puñal y se lo clavó en la garganta. Era una hoja oriental con la empuñadura de oro y un rubí engarzado en el pomo, el único recuerdo de su padre que había podido conservar. Estaba a punto de desmontar de la silla para extraerlo de la herida del hombre agonizante cuando se dio cuenta de que no le quedaba tiempo. Los turcos se cernían sobre él. Por eso, espoleó al caballo y se dirigió rápido al castillo. Ya había derramado sangre musulmana, nadie se detendría a escucharlo, aunque se tratara del hijo del sultán.

Además, pensó que entre los muros de Volterraio había algo por lo que valía la pena arriesgarse. La belleza más grande sobre la que había posado los ojos: Isabel de Vega.

Don Juan de Vega estuvo a punto de montar en cólera. Destrozó la misiva que le acababan de entregar y la tiró al suelo de malos modos mientras miraba a su alrededor con ojos de halcón.

—¿Dónde está ese ruin del señor de Piombino? —susurró, mientras su figura esbelta, completamente vestida de negro, salía de la penumbra para llegar hasta una ventana que daba al mar—. ¡Que Jacopo V Appiani se presente ante mí y haga frente a sus responsabilidades!

Le respondió el silencio. Además de su persona, la sala del castillo de Piombino acogía a doña Elena Salviati, esposa de Appiani, y al condotiero Otto da Montauto, enviado por el duque Cosme I de Médici al mando de ochocientos soldados de infantería para defender las costas toscanas de los turcos. Juan de Vega era un experto en el arte del engaño y no le costaba intuir las verdaderas razones de aquella presencia: Montauto representaba los objetivos del duque de Florencia sobre el principado de Piombino. Por otro lado, De Vega no subestimaba tampoco a Elena Salviati, mujer de temperamento, ávida de poder y de riquezas. Se había casado

con Jacopo V después de la muerte de su tercera esposa y había sucedido así a María de Aragón, hija del duque de Villahermosa, y a las hermanas Ridolfi, nietas del papa León X. La cuarta mujer, superior a las otras en astucia y lujuria, había conseguido restablecer las conexiones de los Appiani con la nobleza florentina. Nadie sabía decir si era una ventaja o una desgracia.

Dadas las circunstancias, don Juan no se podía permitir ningún descuido. Se encontraba en aquel lugar para representar al emperador Carlos V de Habsburgo en calidad de embajador y, aún más importante, su hija Isabel estaba desde hacía meses en la isla de Elba, como señal de amistad de la aristocracia española con los Appiani. No se podía creer que, ante la amenaza de los corsarios bereberes, aquel gusano de Jacopo V hubiera salido por piernas.

De Vega querría haberse subido a bordo de la primera galera para cruzar el mar y rescatar a su hija antes de que terminara bajo las garras de algún infame infiel. Por el contrario, tenía que quedarse en aquel castillo escupiendo bilis mientras intentaba resolver la situación con diplomacia y raciocinio. Las dos personas que tenía delante no le eran de ninguna utilidad. Doña Salviati decía que no sabía dónde se encontraba su marido y Montauto, como mercenario sin escrúpulos que era, se lavaba las manos con la esperanza de ganarse su dinero sin necesidad de exponerse a peligros.

A don Juan no le quedó más remedio que suspirar y recoger del suelo la carta que le había entregado la embajada turca para ver si existía alguna forma de complacer a Barbarroja antes de que aquel demonio desatado devastase Elba. Leyó en voz alta:

Al ilustre Jacopo V Appiani, magnífico milite, señor y conde de Piombino. Sé que tenéis con vos a un joven turco, hijo de Sinan, general de mis galeras, que hace mucho tiempo estuvo preso en Túnez con su madre. Querría que me lo devolvierais afablemente. Si así lo hicierais, esta, mi gran armada, no producirá ofensa ni dolor alguno; pero, si no me complacéis en esto que os pido, sabed que en las costas de vuestro Estado obtendréis toda la furia que se puede infligir a un enemigo mortal.

Aquella petición, que llevaba la firma de Barbarroja, no representaba ninguna novedad. El año anterior le habían entregado otra

casi idéntica, siempre dirigida a Piombino. En aquella ocasión, Jacopo V había mentido, respondiendo que no sabía dónde se encontraba el muchacho al que se aludía en el mensaje, pero que prometía hacer que lo buscaran. Khayr al-Dīn se había mostrado comprensivo y le había concedido doce meses para encontrarlo.

Ahora ese tiempo había pasado y, por la información que habían traído los exploradores de una batida de reconocimiento, Barbarroja no estaba siendo tan magnánimo como la vez anterior. La promesa de no producir ofensa ni dolor era falsa. Las tierras de Elba estaban sufriendo un duro asedio.

–Se trata del hijo de Emilia d’Hercole –dijo Elena Salviati, e interrumpió así los razonamientos del embajador español–. Esa puta.

–La cuestión no es quién es la madre, sino el padre. –Don Juan de Vega la miró con intensidad. Había algo en aquellos cabellos rubios y en aquel pecho voluminoso que hacía que la señora de Piombino se pareciera a una pueblerina con aire indecente, lo cual contrastaba con su pérfida mirada–. ¿Aún os obstináis en decir que no sabéis dónde se encuentra?

–Mi marido lo escondió no sé dónde –respondió la mujer en un tono desafiante–. Y como habréis notado, mi marido no está.

–Desde luego que no es el primero que huye ante los moros –comentó Otto da Montauto con sarcasmo.

–Sea como sea, el mensajero del turco se encuentra al otro lado de esta puerta, a la espera de una respuesta. –De Vega se acarició los bigotes y la barba en punta que le adornaba la barbilla e intentó pensar en una vía de escape de aquel punto muerto–. ¿Os dais cuenta de que, según lo que le digamos, Barbarroja podría causar estragos?

Y miró fijamente a doña Salviati.

–Demasiados escrúpulos para un español –se mofó Elena mientras avanzaba hacia él haciendo crujir sus faldas–. Decid la verdad, excelencia, vuestro temor se debe a las reservas de hierro de Elba. Teméis que los corsarios las saqueen.

«Que las reservas de hierro se vayan al infierno junto con toda la isla», pensó don Juan, con tal de que su hija estuviera a salvo. No respondió a la provocación, había algo que se escapaba a su entendimiento. Estaba casi seguro de que Jacopo V no se había

desvanecido por miedo a los corsarios, sino por otros motivos. Según los últimos informes de los espías de los emperadores, aquel hombre se había aliado con personalidades de altas esferas que eran muy hábiles en mantener en secreto sus nombres. Algunas noticias llegaban precisamente de la Curia romana, pero, aparte del papel central que jugaba el príncipe de Piombino en aquella hazaña, no explicaban cómo Appiani, un simple feudatario bajo la protección de Carlos V, había conseguido suscitar el interés de una comunidad secreta. De Vega sospechaba una conexión entre aquella siniestra unión y las desgracias que se abatían sobre Elba, aunque no tenía prueba de ello. A pesar de la amenaza, tenía que intentar todas las opciones posibles. Estaba en juego la vida de su hija. Y si quería salvarla del peligro de la invasión turca, tenía que encontrar a Jacopo V, a costa de sacar a la luz todos sus secretos. Por tanto, se acercó a doña Salviati e, indiferente a su rango, la agarró de un hombro y la atrajo hacia sí, con la mirada fija en su rostro.

–Es imposible que me crea que vuestro marido os esconde sus planes.

Ella no se rebeló, pero le sostuvo la mirada.

–Y sin embargo, así es.

–¿Decís la verdad? ¿Y no conocéis ni siquiera sus negocios con ciertos hombres poderosos que trabajan en el anonimato?

El rostro de la mujer expresó sorpresa, después ira y, de repente, su cuerpo se agitó como el de un reptil.

–¡Soltadme! ¡Me estáis haciendo daño!

El embajador español ignoró sus palabras y siguió aferrándola.

–Me apuesto a que en este momento está ausente a causa de ellos. –Clavó las yemas en la carne–. ¿Qué lo une a esos hombres?

Elena Salviati se negó a responder, pero sus ojos abiertos fueron demasiado elocuentes. Don Juan los observó con obstinación e intuyó que escondían un misterio grande y espantoso.

–Rex Deus –reveló Sinan, mirando a la cara a Barbarroja.

–El idioma latino ofende a la boca y a las orejas de cualquier hombre sabio –comentó el emir para ocultar su curiosidad–. ¿Qué significa?

–El nombre engaña –se apresuró a explicar el viejo pirata–. A primera vista parece que señala la majestad del dios de los judíos y los cristianos, pero esconde algo muy diferente, hasta el punto de contradecir precisamente ese significado.

–Pero esto... Este Rex Deus... ¿qué sería? ¿Una secta? ¿Una hermandad? ¿O más bien un objeto concreto?

El rostro de Sinan se endureció.

–Traedme a mi hijo y obtendréis todas las respuestas.

Ante aquel rechazo, Khayr al-Dīn tuvo que contener un arranque de cólera.

–No temáis, lo tendréis de nuevo con vos –le prometió y dirigió una mirada a Leone Strozzi–. Vivo o muerto.

El florentino respondió con una sonrisilla de complicidad. Parecía querer decir algo al respecto, pero, ante un gesto del emir, calló.